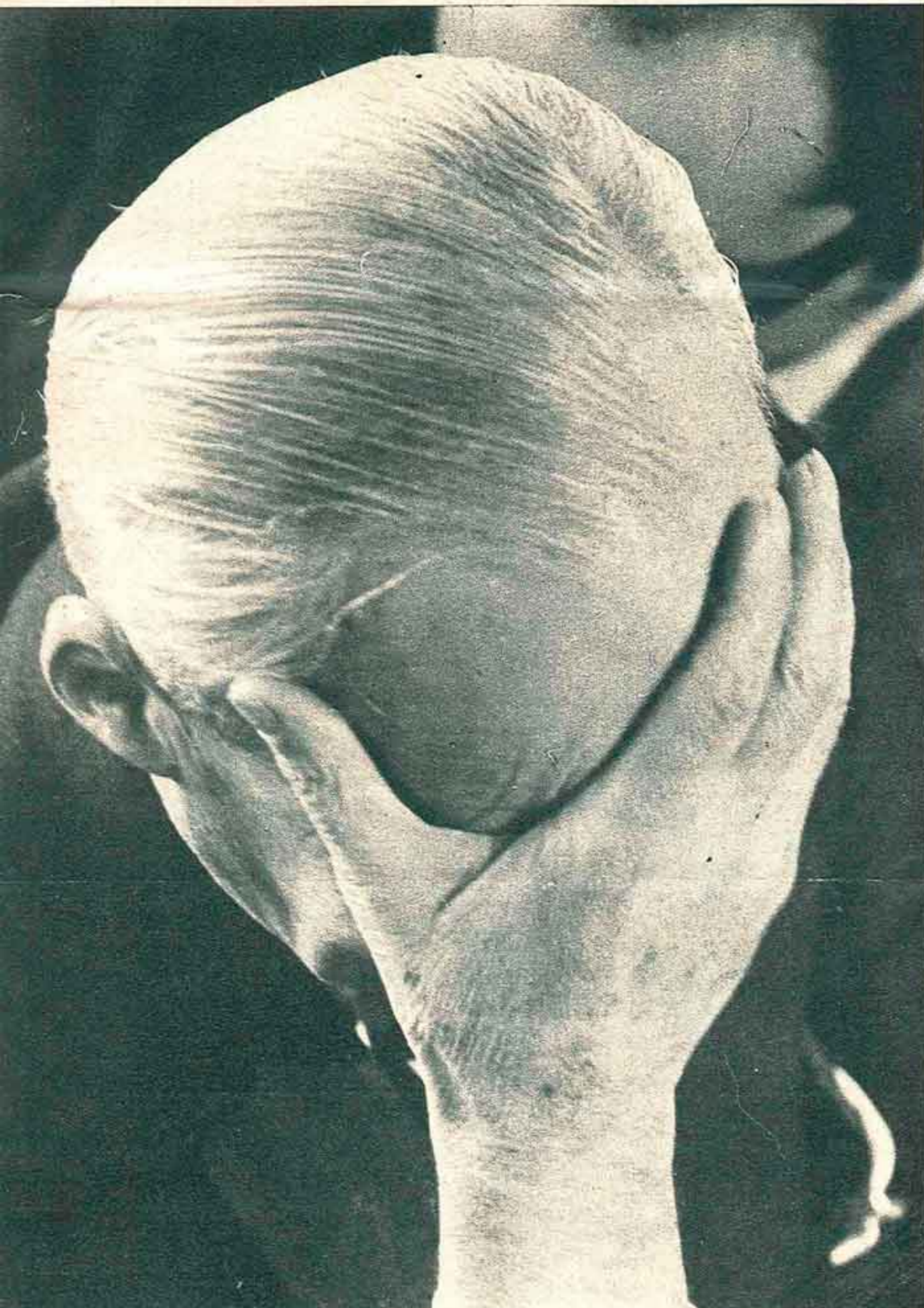


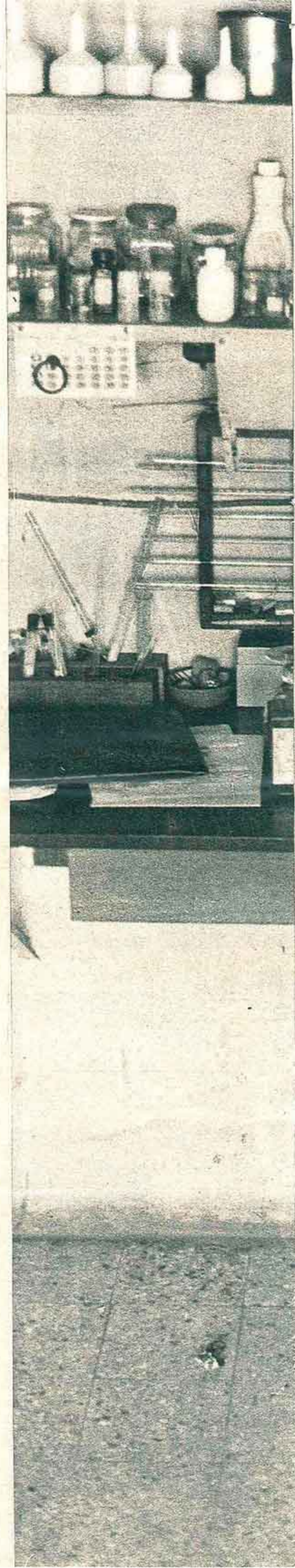
PARA NUESTRO ORGULLO

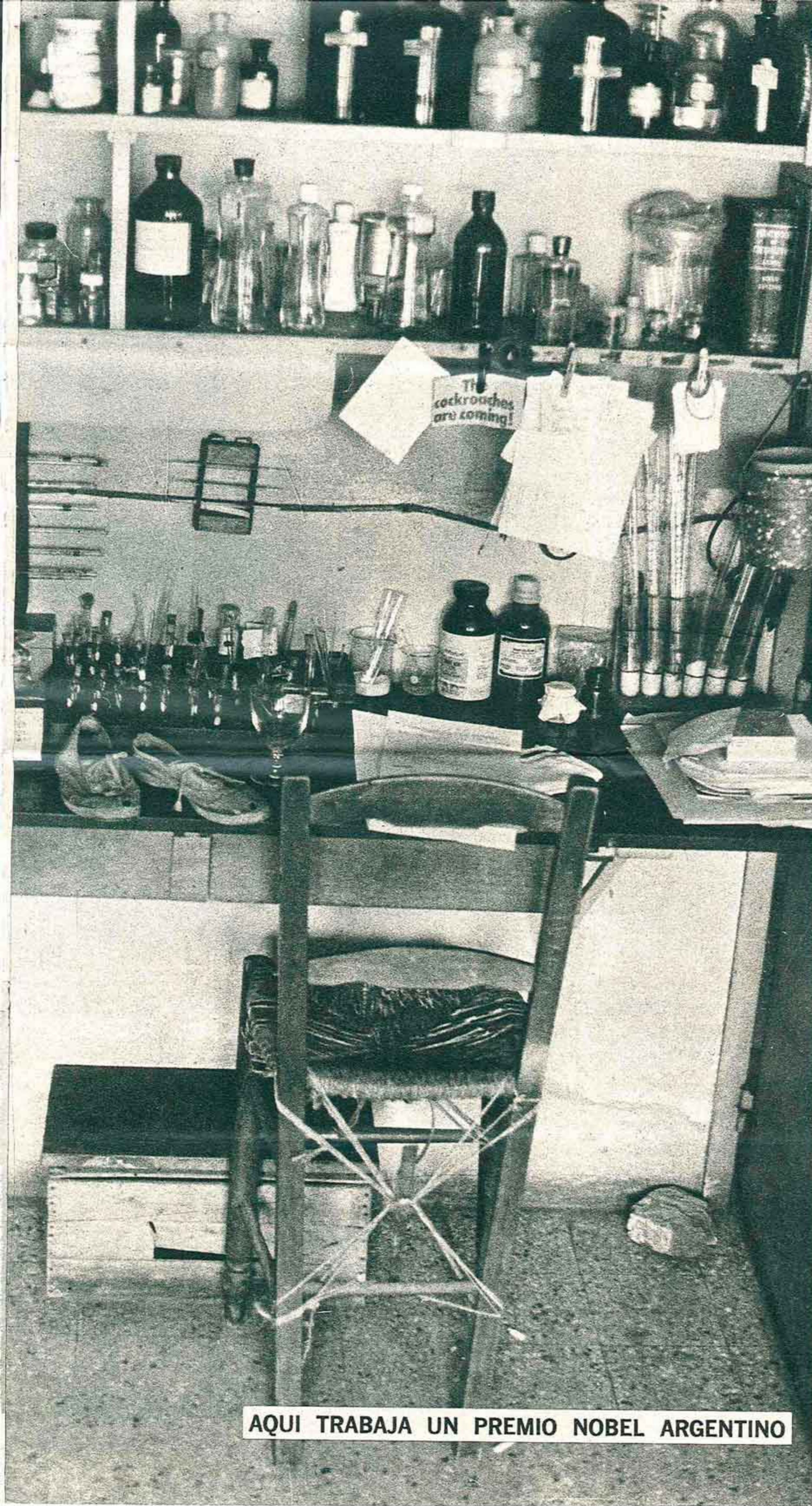
ES ARGENTINO UN PREMIO NOBEL

EL PREMIO NOBEL DE QUIMICA 1970 FUE ADJUDICADO AL PROFESOR LUIS FEDERICO LOLOIR POR SU DESCUBRIMIENTO DE LOS AZUCARNUCLEODITOS Y SU PAPEL EN LA BIOSINTESIS DE LOS CARBOHIDRATOS MC. EL GALARDON EQUIVALE A 400.000 CORONAS SUECAS O 76.800 DOLARES O 34.000.000 DE PESOS ARGENTINOS VIEJOS. EL PROFESOR LOLOIR, DE 64 AÑOS, NACIO EN PARIS DE PADRES FRANCESES PERO ADOPTO LA CIUDADANIA ARGENTINA. SE RECIBIO DE MEDICO EN LA ARGENTINA, UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, EN 1932. A PARTIR DE 1947 INICIO LAS INVESTIGACIONES QUE LE VALIERON EL PREMIO Y QUE SIGNIFICAN UNA REVOLUCION DENTRO DE LOS MECANISMOS OPERATIVOS DEL METABOLISMO DE LOS CARBOHIDRATOS.



Pocas horas después
del premio.
Ya en el laboratorio
de la calle
Obligado al 2900,
Leloir estuvo con GENTE.
Allí habló
de su trabajo y comentó
su emoción.
Todo lo que allí se ve
es el símbolo de
su ascetismo científico.
Hay simpleza
a su alrededor, sillas
gastadas y su
"uniforme" de trabajo:
blue jeans
y un raído guardapolvo
de ordenanza.
El mundo de un genio.





AQUI TRABAJA UN PREMIO NOBEL ARGENTINO

—Don Fernando, ¿me puede dar una mano?

—Sí, doctor, ¿qué necesita usted?

—Lo de todas las mañanas.

—Ah... ya sé, que le ayude a empujar el auto de su hija...

—Sí, no hay caso... tampoco hoy quiere arrancar.

—Doctor, yo ya se lo dije a usted, hágame caso, cámbiele los platinos.

Eran las nueve menos cuarto del martes 27 de octubre de 1970. El doctor y don Fernando apoyaron las palmas de las manos sobre el auto y empujaron en silencio. El auto tosió dos veces hasta que de pronto arrancó. La hija apenas tuvo tiempo de saludar con la mano.

Don Fernando y el doctor recuperaron el aliento en el medio de la calle Newton. Quince minutos después el doctor subió a su Fiat 600 y también se fue. Como todos los días. Como siempre. El doctor se llama Luis Federico Leloir. A esa hora ya había sido declarado Premio Nobel. Pero ni él ni don Fernando lo sabían. Don Fernando es el encargado del edificio donde vive Leloir. A las dos de la tarde ya sabía que el hombre del tercer piso era Premio Nobel. Fue entonces cuando nos contó lo del auto de la hija y algunas cosas más. Estas, por ejemplo:

—Hace tres años que conozco al doctor, qué quiere que le diga, es muy sencillito, un amor de persona. Hace tres años que le lavo el auto. Nunca tuve una queja de él, para él todo está bien... es un hombre de vida muy metódica, todos los días sale a las nueve de la mañana, almuerza en el Instituto, vuelve a tomar el té a eso de las cinco de la tarde. A las seis sale a dar una vuelta y retorna a las ocho. Sale poco, sólo los sábados, con su hija, de 21 años y su mujer...

—¿Tiene perro?

—No, no tiene perro... qué más quiere que le diga, es la mar de sencillo.

Hasta acá el testimonio del conserje, Fernando Biosca.

Tres horas antes estábamos en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas. El Instituto habitualmente es un lugar tranquilo. Pero hoy no. Entre las diez y las once no hay posibilidad alguna de entrevistar al doctor Leloir. El "no" es repetido por distintos rostros que sucesivamente van diciendo: "A las tres y media el doctor atenderá a todo el periodismo. Antes no va a ser posible". Pero a las tres y media se produce el cierre de nuestra revista. Tratamos de encontrarle una rendija al reiterado "no".

A las 11 dialogamos con la señora Silvia Inés S. de Chelala. Es la secretaria privada del flamante Premio Nobel.

—Yo trabajo con él desde hace dos años. El puede pero jamás se toma las prerrogativas de un director. No tiene oficina, no tiene escritorio, no tiene nada de eso.

—¿Cómo es el doctor Leloir?

—Es muy introvertido, es muy tímido, detesta la publicidad.

—¿Cómo es físicamente?

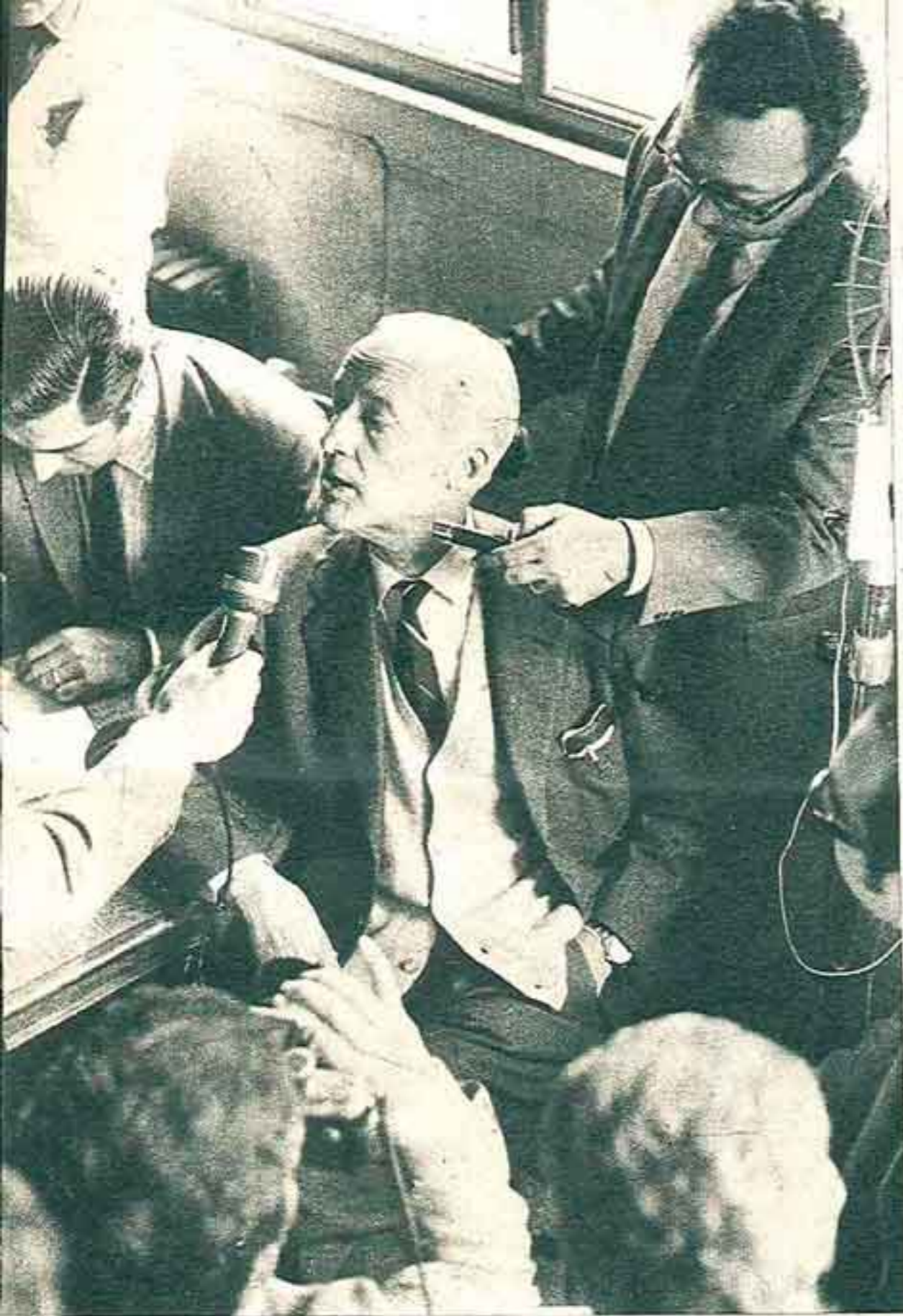
—Es delgadito, canoso, más bien bajo, usa anteojos sólo para leer...

—¿Cómo es en su trato cotidiano?

—Muy tranquilo, muy controlado, muy humilde y...

—¿Qué quiere decir con esos puntos suspensivos, señora?

—Quiero decir que el doctor Leloir además de ser muy humilde, en el Instituto, estimula la iniciativa propia... es muy respetuoso del trabajo de los demás.



• **EL PRECIO DEL PREMIO.**
El doctor Leloir "envuelto" por periodistas. "He perdido algo muy precioso... muy precioso... la tranquilidad."

• **EL CASAMIENTO**
del doctor Leloir con la señorita A. Zuberbühler. Fue el 27 de noviembre de 1944. Lo bendijo fray Andrés Azcárate.

• **ALLA LEJOS Y HACE TIEMPO.**
El doctor Leloir con Mariano Grondona Sáenz Valiente, María Eugenia Hueyo Bengolea y Julio García Victorica.



¿QUIEN ES Y COMO ES FEDERICO LELOIR?

Tiene 64 años, es canoso, más bien bajo y atildado. En su laboratorio del Instituto de Investigaciones Bioquímicas, en el barrio de Belgrano, trabaja con guardapolvo gris, raído, blue jeans y mocasines, la mayoría de las veces sin lustrar. El doctor Luis Federico Leloir es una de las figuras científicas más brillantes y sólidas que ha producido la América latina, y proviene de una escuela prestigiosa, seria y fecunda. Su especialidad —trabajar en el campo de la bioquímica y la endocrinología— le ha permitido obtener un gran prestigio en los más exigentes e importantes centros científicos internacionales.

Hace poco más de un año había accedido a una entrevista exclusiva con GENTE. En la nota —titulada "Un genio en blue jeans"— había demostrado una excepcional personalidad. Rehuía el lucimiento y evitaba tenazmente las publicaciones. "Es preferible trabajar silenciosamente, sin publicidad alguna. No es que a uno le guste o le interese trabajar en el anonimato; simple-

mente, se trata de trabajar tranquilo, poder rendir al máximo y hacer cada uno su trabajo. Esa es la razón."

El doctor Luis Federico Leloir es, además, un enemigo de la ostentación, habla poco —es de gestos nerviosos y ademanes cordiales—, pero es certero y ocurrente en sus apreciaciones. Hace unos años, al inaugurarse el Instituto de Investigaciones Bioquímicas, dijo: "La investigación es una tarea para la cual se requiere una personalidad especial; no bastan la inteligencia, la salud y los medios adecuados. Es necesario, además, tener una fuerte vocación que se traduce por un insaciable deseo de descubrir hechos nuevos". Tal vez en sus propias palabras esté condensado el pensamiento investigador del ganador del Premio Nobel de Química, otorgado por la Academia de Ciencias de Estocolmo. Es un hombre con gran capacidad de concentración, y dedica prácticamente todo el día a la investigación científica. Llega al Instituto,

en el barrio de Belgrano, a las 7 y media de la mañana, almuerza frugalmente (generalmente un bife con ensalada y algunas frutas) y concluye su actividad recién a las ocho de la noche. Su esposa —Amelia Zuberbühler, una mujer suave, cordial, amable— ha comprendido a su esposo y le ha acompañado, a través de los años de matrimonio, con amor y abnegación en su vida retraída, laboriosa y fecunda, que comparten, además, con su hija de veinte años.

Su iniciación en la investigación bioquímica se la debe al doctor Bernardo Houssay, quien dirigió su trabajo de tesis. Poco después se recibió de médico y se interesó en profundizar sus conocimientos y empezó así a trabajar en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas. Poco tiempo después el doctor Luis Federico Leloir se dedicó ya íntegramente a la investigación, en la cual lleva ya casi cuarenta años. Según ha declarado en varias ocasiones, el doctor Houssay le aconsejó que fuera a

perfeccionarse al extranjero. Así, viajó a Gran Bretaña, al Biochemical Laboratory, que dirigía Sir Frederick Gowland Hopkins, donde estuvo un año. Luego volvió al Instituto de Fisiología, pero éste se desintegró por razones que, en su momento, fueron de público conocimiento. Como consecuencia de ello, Luis Federico Leloir se fue a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, donde trabajó en Saint Louis, en el laboratorio de Carl F. Cori.

El laureado científico argentino lleva muchísimos años dedicados a la investigación, y lo que es más importante —según él mismo lo ha dicho reiteradamente— que representa a un grupo activo en el que trabajan cerca de veinte personas. Por ello ha recibido distintos premios y para mencionar los más importantes, el Premio de Tesis 1932, Premio de Biología de la Sociedad Científica Argentina, Premio Nacional de Ciencias (1944), el Premio T. Duccett Jones Memorial Award, de la Fundación Helen Hay Why-

—¿Cómo es el "otro" Leloir, no el científico?

—Poco puedo decirle... pienso que le gusta el cine y su real diversión es trabajar. Es muy sobrio para vestir, casi siempre usa traje azul o gris y corbatas serias... en fin, nada extraordinario.

Alguien prácticamente arrebató a la secretaria del Premio Nobel. Otra vez volvemos a la carga. Necesitamos verlo ahora. Otra vez un "no" y otro "no" y otro "no". Naturalmente no nos resignamos. Con Rodríguez, el fotógrafo, organizamos una búsqueda. Subimos una escalera de caracol. Enfrentamos un largo pasillo. Entramos en un mundo de probetas y aparatos raros. Hasta que de pronto una voz no detiene y nos pone una nada simpática mano en el pecho. El desconocido da sus razones. Nosotros damos las muestras. En resumen, que él tiene razón. Y que nosotros, también. No seguimos adelante pero tampoco retrocedemos. Diez minutos más. Hasta que otro desconocido nos toma del brazo. Pero esta vez es una mano amable. Menos mal. El desconocido nos dice: "Vengan, les mostraré el lugar donde trabaja el doctor Leloir".

Entramos a una habitación diez metros más allá. Miramos. Miramos con avidez. El desconocido (un médico que prefirió ocultar su nombre) nos informa:

—¿Ven esa silla reforzada con una sogueta en el respaldo? Esa es la que usa el doctor Leloir. ¿Ven ese cajoncito que está junto a la ventana? Allí se sienta el doctor cuando tiene ganas de pensar.

—¿Le vienen "ganas de pensar" seguido?

—Y sí, a veces... anota cosas en un cuadernito sin detenerse. De pronto se detiene, se mete las manos en los bolsillos y callado se va y se sienta en ese cajón. Allí se queda meditando horas.

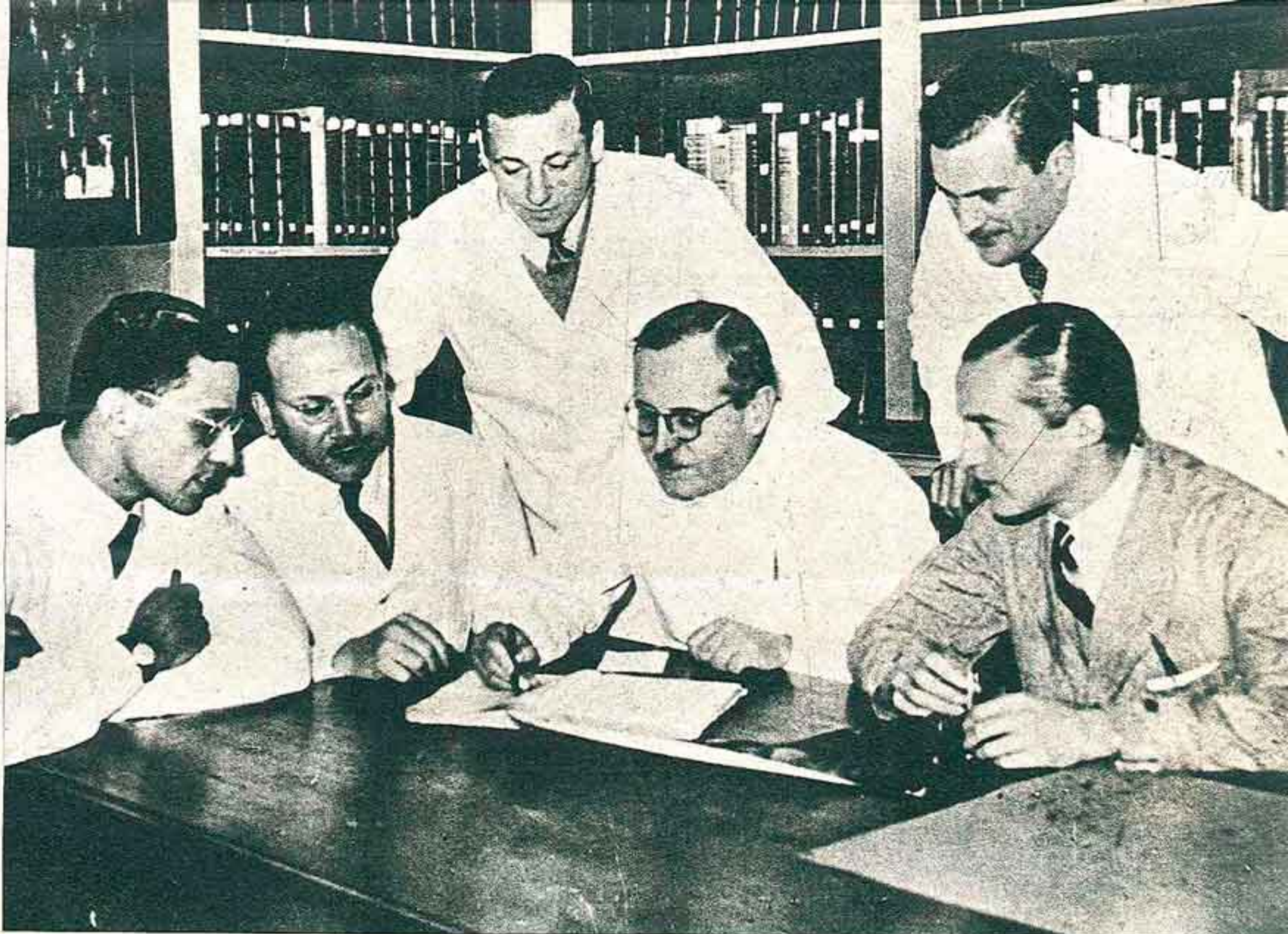
Continuamos la observación. El desconocido nos advierte:

—Fíjese qué notable, el doctor Leloir en vez de probetas para el manipuleo prefiere usar frascos de perfume. El es así para todo.

—¿Y esas zapatillas también son de él?

—e... je... ¿cómo las descubrió? Sí, son las zapatillas que se pone todos los días para trabajar.

Una mano severa nos toca el brazo de una manera poco simpática. Nos damos vuelta. Es la misma



• **HACE TREINTA AÑOS.**

El doctor Leloir con el doctor Houssay y otros científicos.

Por entonces se esclareció su vocación y dedicó todas sus horas a fructíferas investigaciones químicas.

• **SUS MANOS. SU LETRA.**

El doctor Leloir en su primera entrevista le da al periodismo la lista de colaboradores. "Es un hombre humilde, que promueve la iniciativa propia y respeta el trabajo de otros."

ney (1958); el Premio de la Fundación Severo Vaccaro (1962); el Premio Louise Gross Horwitz, de 25 mil dólares, que le otorgó la Universidad de Colombia; el Premio Benito Juárez, de 100.000 pesos mexicanos; Premio Bunge y Born, en 1965; el Gairdner Award, de Canadá, de 5.000 dólares canadienses. El doctor Luis Federico Leloir ha sido favorecido, asimismo, con el título de Doctor Honoris Causa, otorgado por la Universidad de París, y el título similar dado por la Universidad Nacional de Tucumán en 1966. En el reportaje que le hizo GENTE en setiembre del año pasado, cuando le preguntamos qué premio le había reportado mayor satisfacción, respondió: "Ninguno en particular, pues todos los he recibido con enorme satisfacción, pero principalmente por la importante colaboración en equipo de la gente que trabaja conmigo. Los premios son también para ellos..." Formado en la escuela de fisiología del profesor Bernardo Houssay, su maestro, el doctor Luis Federico

Leloir es, como éste lo definió en una oportunidad, como "uno de los pocos argentinos que saben lo que es ciencia y conocen sus posibilidades como medio de redención espiritual y material de estos pueblos inmaduros".

El doctor Leloir piensa que lo más importante —aparte de una profunda vocación— es tener suerte, pues ésta interviene en varias etapas de la carrera. Tener suerte de llegar a la facultad, de tener buenos profesores y de estudiar bien. "Luego —dice— viene lo menos frecuente: tener la suerte de poder trabajar en un sitio donde haya ambiente de estudio y de trabajo, donde uno se sienta estimulado y haya quien le enseñe. Después de algunos años en un sitio así, el futuro investigador ya puede trabajar independientemente. Y en cuanto a las condiciones propiamente dichas que requiere el investigador, diría que son: mucha paciencia y tenacidad para sobrellevar los fracasos; veracidad, laboriosidad y, finalmente, tener una personalidad

que facilite el trabajo en equipo".

El doctor Luis Federico Leloir nació en 1906 en París, de padres argentinos, y luego de cursar sus estudios en la Universidad de Buenos Aires se recibió de médico en 1932. Dos años más tarde obtuvo el premio a la mejor tesis con el trabajo "Los suprarrenales y el metabolismo de los hidratos de carbono". Estableció el primer sistema para la oxidación de los ácidos grasos con el Dr. Juan M. Muñoz, y también con los doctores Eduardo Braun Menéndez y Juan Carlos Fasciolo participó del descubrimiento de la hipertensina, el hipertensinógeno y la especificidad de la renina. Ha hecho, además, estudios que han revolucionado la bioquímica de los hidratos de carbono y descubrió el mecanismo de la transformación reversible de la galactosa en glucosa. El doctor Leloir ha dirigido numerosas tesis y seminarios; ha sido presidente de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, profesor extraordinario de la Facultad de Ciencias Exactas,

Físicas y Naturales, miembro de las academias nacionales de Medicina y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, de la Academia Americana de Artes y Ciencias y miembro honorario de la American Philosophical Society.

En estos descubrimientos y en todos estos cargos que desempeñó están resumidas en apretada síntesis las obras realizadas por el doctor Luis Federico Leloir para el progreso no solamente de nuestro país, sino también de todo el mundo. El martes a las 10 de la mañana, cuando las agencias noticiosas informaban sobre el premio que le había otorgado la Academia de Ciencias de Estocolmo, el doctor Luis Federico Leloir recordaba, seguramente, aquellas palabras que un compañero "muy franco" le había dicho siendo estudiante: "Vos no sos muy inteligente, pero con todo, puede ser que llegues a algo, porque sos persistente".

persona de recién. Nos reta. Discutimos en un tono más bien subido. Que sáqueme la mano de encima. Que retirese. Que teníamos permiso. Que aquí no hay nada que hacer. En fin, que el señor tiene razón. Y nosotros también, claro.

Otra vez en el pasillo. Aguardamos. Hay que verlo al doctor Leloir. De pronto al fondo del pasillo vemos un gran tumulto de gente. Nos arrimamos diez metros más. Un hombre de traje oscuro se abre paso. Nos arriesgamos porque advertimos que es alguien extraño al lugar. Le preguntamos saliéndole al paso:

—¿Quién es usted?

—Me llamo O. Lundborg, soy el embajador de Suecia... he venido a traerle la noticia oficial del premio a Leloir.

—¿Cuándo tuvieron la confirmación oficial?

—Hace media hora... Acabo de estar con el doctor. Recibió la noticia con toda naturalidad, como un científico que es.

El señor Lundborg se aleja. Ya estamos mucho más cerca. Ahí, a cinco metros, en un círculo de gente, está el galardonado. Fugazmen-

te vamos reconociendo su figura. Camisa blanca. Corbata oscura. Traje azul. Zapatos marrones. Tal como lo había descrito la secretaria. Rodríguez alza su máquina y aprieta el disparador. Algo es algo. Finalmente la puerta se cierra. Alcanzamos a interponer un pie. Insistimos de nuevo. El "no" es inamovible. Insistimos, sin embargo. Y así, de repente, se desdobra el "sí" de la secretaria.

—El doctor los va a atender en la biblioteca.

La acompañamos hasta allí.

—¿Qué es lo que siente, doctor Leloir?

—Siento que he perdido algo muy precioso... muy precioso.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que ha perdido?

—¿Y no ve, amigo? He perdido la tranquilidad. Ustedes me van a ahogar con los micrófonos y las preguntas y los flashes... eso para mí es un sufrimiento que ha traído este premio. Así es, toda felicidad trae su sufrimiento.

—¿Cuándo recibió la noticia, doctor?

—Esta mañana, a eso de las nueve y media, hacía un rato que



"CREO QUE FUE EL PREMIO al trabajo... al trabajo de toda una vida, al trabajo de un conjunto de personas."



EL EMBAJADOR de Suecia y "Gente". Ya dio la noticia.



EN EL DEPARTAMENTO de Newton 2754. El doctor Leloir y su esposa, Amelia Zuberbühler. Vive metódicamente. Su hobby es el trabajo. A veces va al cine.

HACE TRECE MESES "Gente" entrevistó al doctor Luis Federico Leloir. Este es un documento de entonces, en el laboratorio, con su delantal igual al de todos.



había llegado al Instituto. La noticia vino de Chile.

A esta altura del diálogo el doctor Leloir ya está envuelto por 20 o 30 colegas. De ahora en más el diálogo se hace indistinto.

—¿Usted tenía noticias previas de que le otorgarían el premio?

—Sí, algo se había dicho. Teníamos noticias... digamos secretas.

—¿No puede dar ni siquiera las iniciales de las fuentes?

—No me acuerdo.

—¿Por qué descubrimiento le dieron el premio?

—Entiendo que es un premio... al trabajo de toda la vida y no a mí sino a un equipo de gente silenciosa.

—¿Qué va a hacer con los ochenta mil dólares?

—No lo he pensado.

—¿Piensa donarlo para la investigación, cómo hizo con otros premios?

—Es probable.

—¿Cuál es el descubrimiento que más le interesa?

—Siempre el último... o mejor dicho, el que todavía no hemos logrado...

—¿El estado se preocupa lo suficiente de apoyar a la investigación argentina?

—Se preocupa... algo. Bueno, en realidad no me gustaría que tomaran esto como una queja, estoy agradecido del apoyo que nos han dado, aunque sea necesario más.

Viene la pregunta sobre qué es lo que le gustaría pedir. El doctor Leloir, que ha respondido con voz quebrada, enjugándose la frente permanentemente, recibe el incentivo de varios investigadores jóvenes que lo rodean: "¡Pida! ¡Pida, doctor! ¡Pida!" El doctor Leloir pide:

—Bueno, nosotros necesitaríamos un edificio más amplio, en los campos de la Universidad, en Núñez, aquí no hay lugar para trabajar... desgraciadamente no podemos recibir a gente del interior por falta de lugar.

Una voz salta detrás del núcleo de periodista, recriminatoria: "Ahora le sacan fotos a Leloir... cómo es nota que no es Bonavena". Un periodista se da vuelta violentamente. Y responde con una suavidad imprevista: "Así es". Por otro lado se produce otro diálogo semejante. Sigue el diálogo:

—¿Doctor, qué otras preocupaciones tiene?

—No me queda demasiado tiempo para otras preocupaciones.

—Doctor, describa qué es lo que sintió en el momento de recibir la noticia.

—No creía que fuera verdad... pero parece que lo es.

—¿Y si se equivocara, si no fuera esto real...?

—Sería mejor... pero es real... porque ustedes están aquí.

—¿Por qué dice que sería mejor?

—Porque no hubiera perdido eso tan importante que es la tranquilidad... ya ven, hoy día no he podido trabajar, y no creo que haya podido nadie en el Instituto con este alboroto.

Una supuesta llamada "importante" sirve de excusa para sustraer al doctor Leloir del cinturón de periodistas.

Una puerta se cierra. El doctor Luis Federico Leloir recupera su amada tranquilidad. En realidad el premio lo ha hecho feliz. Pero la vida, que todo lo gradúa, le ha quitado el irreemplazable placer de jugar con frascos de perfumes y cambiar los zapatos por un par de zapatillas de gomas con un agujero en el dedo grande.

Así es la cosa.

Por: RODOLFO E. BRACELI.

Fotos: Alberto Rodríguez.